

conducta de aquellas jóvenes que, llevando á un extremo vicioso la costumbre ó deber de referir sus acciones á la madre, la molestan con repetirla hasta la frase mas insignificante que las prodiga por galantería.

Cuando en nuestro próximo escrito trataremos de la importancia de esa época de la vida en que la mujer entrega su alma á un hombre despues de haberlos unido el amor con sus dulces lazos, se verá que ninguna otra debe merecer como una madre el nombre de amiga. Y, desgraciada la hija que no encuentra digna á la madre de ser su confidente; desgraciada mil veces la que tema ó desconfie de ella! ¿Qué sé podrá tener en los extraños, qué deberá esperar del mundo, cuando en el hogar no encuentra lo que anhela?

Como podría objetárenos que de esta intimidad, que de no tener otro director ni modelo que su propia madre, no pocas veces resultaría que una índole buena se desviase, puesto que frecuentemente sucede que con el curso de los años la mujer se hace interesada y quiere reducirlo todo á cálculo, atropellando los sentimientos mas caros del corazón ó invencibles á cierta edad; como podría decirnos que otras veces la madre se sumerge en el fango pestilente del vicio, y que seguir sus inspiraciones en esos casos sería perderse irremediamente; nos anticiparemos á manifestar, que de todos estos puntos nos ocuparemos en nuestros estudios acerca de la esposa y de la madre; y por hoy, solo haremos ver que es tal la grandeza de esta última, que Dios, para bien de la humanidad, ha puesto en su corazón sentimientos tan nobles y heroicos como con sus hijos, que casi siempre que tiene ella la desgracia de envilecerse ó degradarse, lo único que conserva puro y sin mancha, es el cariño á sus hijos; y que como el estado del crimen es horroroso, puesto que la conciencia es el mas terrible de los jueces, la mujer, aun en medio del crimen, vela siempre con tierna y amorosa solicitud á sus hijos, y no pocas veces solo por ellos se aparta de la senda del mal; porque los hijos son el lazo mas bello y poderoso que el cielo ha puesto entre el hombre y la mujer, y porque una madre criminal no puede recibir sin estremecerse el beso puro de esos hijos.

La buena hija es la aurora que anuncia un día de luz, de hermosura y de encantos; es el magnífico preludio de una armonía inefable; la buena hija es el feliz augurio que nos anima á penetrar á un lugar á que nos acercamos con gran temor; es una esperanza halagadora, una sonrisa del porvenir.... ¿qué nombre por encantador que parezca, podrá ser digno de una buena hija que nos hace esperar una esposa dulce y tierna?

Muy fácilmente podríamos colocar aquí la antítesis de ella; pero creemos que se desprende de nuestro mismo escrito; y que contemplando la hermosura de la primera, se descubre toda la horrorosa deformidad de la segunda. Además, ¿por qué hemos de hacer pensar que abrigamos el convencimiento de que necesitamos recargar los colores de nuestros cuadros para lograr atraer sobre ellos las miradas del lector indulgente?

FRANCISCO SOSA.

CONTIENDAS LITERARIAS.

CRÍTICA MICROSCÓPICA.

Toutes sortes de gens vont après les poètes, comme après les hiboux vont après les chamois.

REGULAR.

Hasta ahora habia yo creído, por mal de mis pecados, que la crítica literaria tenia ciertas reglas de las cuales jamas debia traslucirse, puesto que lo que ella reclama en las producciones que caen bajo su garra de acero, es la observancia de las reglas del arte, el respeto del buen gusto, y la sujeción á las eternas leyes de la estética, invariables como la verdad. Mediante estos tres pasaportes, el terrible guardian de esas Hespérides que se llaman la gloria y la celebridad, suelta— algo estropeados casi siempre— á los atrevidos

viajeros que han aventurado su nombre en tan riesgosa empresa, y entonces puede saciarse el escritor de manzanas de oro.

Mucho respeto nos merece esta importante aduana, y hasta cierto terror nos inspira cuando el celador se llama Aristófanes ó Blair, Horacio ó Boileau, Ignacio Ramirez ó Julio Janin; pero ¡pardiez! cuando sale de quién sabe dónde un Sr. Terrazas, y creyendo ponerse el yelmo de Mambrino se encasqueta una bacía de barbero, por timido ó pusilánime que sea un escritor, debe pasar la frontera. Lucida estaria la literatura con tener que guardar miramientos al primer advenidizo que quisiera detener al Pegaso con un caballo.

En la pseudo-crítica que ha pretendido hacer ese nuevo paladín del buen gusto, está confirmado lo que Portia dice en el *Mercader de Venecia*: Los tontos que se empeñan en dar su juicio, tienen talento suficiente para engañarse siempre.

Estas fueron las primeras reflexiones que me sugirió la lectura de un artículo de *Literatura calceidoscópica* que ha dado á luz la *Voz de Méjico*. Rara vez me ha sucedido leer un libro sin conocer antes qué casta de pájaro es el autor: rara vez leo producciones de literatos que no me son conocidos siquiera de buen nombre, pues no me gusta darme el lujo de perder tontamente el tiempo que se podría aprovechar en mas útil empleo; lo mismo me habria sucedido con la literatura del Sr. Terrazas, (á quien no podré calificar de joven ó viejo, porque ni yo ni muchos amigos á quienes he preguntado me han podido informar sobre su persona); pero en fin, al ver por casualidad el título de su producción, y mi nombre en una que otra línea, me dije dando un bostezo: puesto que la curiosidad del amor propio me obliga á indagar qué mosquita muerta ha hecho una de las suyas con mi *calceidoscopia*, quiera el hado sacarme con bien de este atolladero. El viejo Esquilo afirma en las *Suplicantes* que solo el tiempo puede demostrar lo que valen los desconocidos. Veré, pues, si este Sr. Terrazas vale un comino.

Los primeros renglones, el prólogo, exordio, programa, prospecto, prefacio, introducción ó como deba llamarse, — que en esto de emplear palabras adecuadas solo el Sr. Terrazas lo entiende— trascienden á ensalada trasnochada, como Maritornes. No le hace: prosigamos; acaso la tarea de empezar un artículo jamas haya dado tanto que hacer á un novicio, y por eso nos obsequie con lugares comunes y vulgaridades que le don todo el aparato de un húsar de Hermosilla. Veamos otro párrafo.

San Caralampio me asista! ¿Es el Sr. Terrazas quien me acrimina de arrastrar á mi querida patria á los abismos de la disolución, ó es Mathieu de la Drôme que predice al Anáhuac un cataclismo meteorológico? ¿Quién sabe! Por lo que *post contingeret*, como se dice en latin de sacristía, protesto en nombre de mi inocente *calceidoscopia* contra todo comato que pudiera suponerse de impulsar á mi patria á su decadencia. Quedaría, por lo tanto, inconducente un *mea culpa* en esta réplica. Y perdóneme el Sr. Terrazas: ¿por qué, si tan desastrosos son los efectos de la literatura actual, gracias á sus corifeos, no pare la *Voz de Méjico* unas siete cabrillas que los reemplacen? Mientras los incógnitos y misteriosos géneos que la Sociedad Católica abriga en sus místicas entrañas no ofusquen á los escritores que hoy llevan la *batuta* en crítica, en filosofía, en poesía, resignense siempre á estar en la trastienda como mercancías averiadas. Yo, por mi parte, juro por los manes de Torquemada que imitaria á Terrazas en vez de imitar á Victor Hugo, si Terrazas fuerá un poco mas conocido y menos inimitable.

Signe una pulla. Nos dice este Zoilo en embrion, ¡oh bohemos! que no tenemos libros, ó que no los leemos. ¿Será porque nos dormimos con los infolios de Santo Tomás, ó porque no conocemos la espléndida biblioteca que acaso tenga el dicho Terrazas?

Ahora entra lo bueno: Terrazas propone este silogismo:

La patria se derrumba,
Fray Gerundio abandonó sus libros,
Luego el *calceidoscopia* y su autor no tienen sentido comun.

El articulista me llama en seguida poeta, y dice que *Flor-de-fuego* es una bella vision. Estas deben ser ironías de mi Aristarco: ¿pues cómo luego asienta que tiene dislates la susodicha *Flor*? La verdad es que aquí el crítico, con un raro talento de autor melodramático, quiso hacer mas fuerte el contraste, y luego caer sobre mí y sobre mis escritos *quærens quem deroret*. Veamos si no.

El Sr. Terrazas pone especial empeño en ridiculizar mi estilo y en atormentar mis ideas con interposiciones de un gusto equívoco. Acaso tenga razon en juzgarme mal, y no soy yo quien me

deba calificar; pero consúlese el Sr. Terrazas, tampoco es él. Si por una falsa modestia fuera yo á hacer creer que estoy convencido de que mi obra es detestable, haria un pan como unos buñuelos. Tengo para mí que el escritor, al entregar sus producciones á la publicidad, abriga la creencia de que atraerán algunas miradas benévolas, ya por su mérito, ya por la indulgencia de los lectores. Nadie, á no ser un escapado de San Hipólito, se atreveria á *imprimirse* teniendo la seguridad de que iba á cometer una torpeza. Por consiguiente, se me dispensará que yo me defendiera, pues mentiria si dijera que al dar al *Domingo* mi *Flor-de-fuego*, no creí que tendria alguna aceptación.

Vamos por partes. Hay una escuela de escritores que creen que la poesía es invariable, y que vienen copiándose mutuamente desde hace muchos siglos. Han puesto en buenos ó malos versos y en prosa mas ó menos elegante, algunas ideas perfectamente vulgares, y sus sectarios han desperdiciado sus pulmones clamando por que los poetas no se salgan nunca de ese cartabon fijado por los enucnos de la inteligencia. Estos odaliscos, para quienes Psiquis nunca ha tenido la menor sonrisa, ni de desden siquiera, han sido en todas las épocas de la literatura los representantes de una literatura rancia y viciosa, incapaz de crear, incapaz de expresar de nuevos modos los afectos del corazón, incapaz de aceptar la filosofía de la palabra *adefante*. Dryden, sobreponiéndose á Shakspeare, Seudéry desprestigiando á Corneille, podrán haber logrado alucinar á una generacion: no á la posteridad, que sabe de memoria el *Hamlet* y el *Cid*, y apenas recuerda uno que otro verso de *Don Sebastian* ó de *Arminio*. ¡Impotentes! Dejad que el pensamiento vuele libre y sin trabas por el espacio y recoja bajo sus alas toda la luz del infinito: si vosotros no podeis arrauca de vuestro cráneo una idea nueva; si los límites de vuestra fuerza no os dejan ser arrebatados al éter, y os enredais en el vellon de lana de la fábula, culpá á vuestra constitucion enferma y raquítica, y no escupais vuestro furor al cielo, porque ni así se os abrirán las puertas. Todo lo que no es rutina, todo lo que no es estancamiento, todo lo que se insurrecciona contra la infalibilidad de Aguiar y Marochó, es una herejía literaria. Pues francamente, nos haceis reir, criticastros de la lengua, que porque habeis leído el *Arte de hablar* y la gramática de Erranz y Quirós ya os poneis las infulas de Lista ó de Figaro; pero solo en Perrault se ve á Pulgarcillo con las botas de siete leguas: seriamente, creedme, Sr. Terrazas, los pigmeos no deben ponerse esas botas.

Los poetas, segun vosotros, no han de salir nunca del plácido arroyuelo y de la pollita de Clorri: pensar en que la musa puede dar otro motivo de inspiracion que no sean las impiedades de Silvia ó la ventura de Menelas, ¡qué barbaridad! Ya todo está dicho: *nihil sub sole novum*. Prosigas, no vayais mas allá de vuestra cuartilla de papel, y no tengais estilo de contrabando, ni reveleis ideas nuevas: la naturaleza, esa madre inmortal de todas las hermosuras, es ya estéril. Todo lo han dicho Moratin y Perez Escribá. Audacia punible es crear nuevas imágenes usando de las revelaciones de la ciencia. Blasfema contra Juan de Mena y el bachiller Ciudad-Real quien llame al Sol con otro nombre que el de Febo. Para los cínicos que inventan nuevos tropos y se rien de la antigua manera de decir, anatema. El progreso es reaccionario. Sainte-Beuve, el antiguo paladín del *Cenáculo*, puede exigir á Hugo que no abuse de lo sublime: lo constantemente bello llega á cansar: interponer una escoba entre una estrella y una flor, evita la monotonía. Gaston-Boissier tiene razon en reprochar á Juvenal el haber sido pobre: los literatos no deben ser pobres. La fantasia puede tener una especie de geografía; lo que ya se ha dicho, es el océano que la engasta entre sus lindes. Están, por lo tanto, prohibidos Colon y Vasco de Gama. Copérnico, pase: pero Galileo, *vade retro*, eso ya es mucho.—*Terrazas dixit*.

A estos campeones de la esclavitud intelectual, podria apostrofáraseles como el Romeo de Shakspeare á Benvolio:

O touch me how I should forget to think!

¡Ah! Homero, Anacreonte, Aristófanes, Esopo, Demóstenes, Plutarco, géneos que vivís en la admiracion universal desde hace tantos siglos, toda vuestra grandeza no impidió que nacieran Virgilio y Teócrito, Plauto y Fedro, Ciceron y Tácito; ni que mucho despues, todavia tuvieran que decir algo el Tasso y Camoëns, el Petrarca y Garcilaso, Rabelais y Molière, Cervantes y la Fontaine, O'Connell y Mirabeau, Michelot y Macaulay. Ni aun así ha quedado exhausto el seno de la creacion; si Isaque fue el profeta del Asia, Esquilo fue el de Grecia, el Dante vaticinó en la Edad-Media,

Shakspeare en el Renacimiento, Goethe en el siglo del escepticismo, Victor Hugo en el de la fé republicana.

¡Victor Hugo!.... Y ¿quién es este Sr. Terrazas que así califica á Victor Hugor de loco? Gorgojo que salta al talon del gigante creyendo herirle en la cabeza. ¿Por ventura, cree vd., pobre hombre, que ya conoce al ilustre poeta francés porque ha oido hablar de *Nuestra-Señora*, hojeado á hurtadillas los *Miserables*, entrevisto en alguna libreria los *Trabajadores* y mirado con espanto cualquier mala traduccion del *Hombre que ríe*? ¡Ignoranton! ¿Sepa vd. que Victor Hugo ha escrito algo mas; sí, señor; que en Francia, Alemania, Inglaterra, Italia y España, ahí donde han nacido Voltaire, Uhland, Milton, el Ariosto y Lope de Vega, se le llama el poeta del siglo; como á Napoleon I el capitan. Que ni en sentimiento, imaginacion ni saber es igualado por ningun otro poeta: que su vida ha sido una continua tragedia, en cuyas escenas se ha ido trasfigurando entre el dolor y el entusiasmo: si es de mente, será como el soñador de Patmos: porque en su conciencia está la vision del porvenir, y pugna por alcanzarlo y empujar el mundo hacia él.

Il vit l'endroit sans nom dont nul archange n'ose
Traverser le milieu,
Et ce lieu redoutable était plein d'ombre, à cause
De la grandeur de Dieu.

Si quereis juzgarle como novelista, leed bien sus obras, desde Bug-Jargal y Han de Islandia: si como poeta lírico, leed sus *Odas* y *Baladas*, sus *Hojas de Oloño*, sus *Cantos del Crepúsculo*, sus *Voces interiores*, sus *Rayos y sombras*, sus *Orientales*, sus *Contemplaciones*, sus *Castigos*, su *Leyenda de los siglos*, sus *Canciones de las calles y de los bosques*; si como autor dramático, leed desde el *Hernani* hasta los *Burgraves*; si como orador, sus discursos en el Congreso de la paz de 1849; si como historiador y arqueólogo, sus *Cartas del Rhin*; si como crítico, su *William Shakspeare*; si como filósofo, sus *Lecciones de filosofía y literatura*; si como pintor, ved su cuadro del *Castillo de los Silva*; si como matemático, miradle enseñando trigonometría á los niños de Guernesey; si como hombre, preguntad á quién se debe que no haya pobres en esa pobre isla que le ha visto diez y ocho años proscrito y perseguido, sobre la roca de Hauteville-House, observatorio gigantesco desde el cual esa águila ha arrancado todos sus secretos al mar y al cielo, á la tierra y al espíritu de la humanidad.

Victor Hugo es en literatura un astro ante el cual podria exclamar el cisne de Mantua:

...Solem quis dicere fatum
Audacia? Ille etiam creos instans tumulus
Sapienter monet, frangitque et optata tumescere bella

Cuando Saint-Marc Girardin quiso rebajar el valor de las tragedias de Alfieri, una voz solemne se levantó de Italia, la de Manzoni, preguntando severamente: ¿y quién es este Sr. Girardin? — Y enmudeció como un pez el petulante articulista. Y este era un académico, Sr. Terrazas.

Podéis creerme, inocente agresor mio, no os hubiera contestado vuestro artículo si no fuera porque me hicisteis el favor de comprender que admiraba á Victor Hugo, á quien me glorío en decirlo, he entendido siempre, siempre he venerado. No le imito, como decís: procuro imitarle, que es á lo que mis fuerzas alcanzan: leyendo á Victor Hugo he aprendido á ver mas allá de las superficies, y á pensar con libertad, sin encarcelar mi jóven imaginacion en los estrechos y negros antros de la supersticion, llámese dogma ó regla; para vosotros los que os figurais pensar, porque vuestro cerebro tiene incesantemente las añejas reminiscencias de las trivialidades aprendidas en la secta de los cangrejos, toda innovacion es un escándalo, toda reforma un sacrilegio: en buen hora; seguid en vuestro risible error, condenad siempre en vuestro estragadísimo gusto, y con pretensiones de dómine, á la risueña y jovial generacion que se os ha escapado de la ergástula, y fuerte con la conciencia de que para algo dió la naturaleza alas al alma, surca sin recelo las inexploradas regiones de lo desconocido, bañándose en la inexhausta fuente de la poesia. Vosotros que os llamais clásicos porque habeis leído el Epitome y el Misal, sin saber que los clásicos de todos los tiempos han sido los románticos de su época, que mas un poco las pestañas interpretando á los griegos, y ahí encontrareis á los divinos padres de los vates *terrifico-emblemático-sublimes*. Pero hacednos la gracia de no graznar barbaridades ontrelanto, y acordaos de que el jefe de la Escuela Romántica, arrancó á un público enemigo el *Enfance Racine*, y ocupó un sillón entre los cuarenta que le habian estigmatizado.

¿Y en resunidas cuentas, por qué me llama romántico al Sr. Terrazas? Creo que nada hay patibulario ni monstruoso en el cuento que ha pre-

tendido criticar, si en ese sentido toma el romanticismo este censor de nuevo cuño. Y aunque lo hubiera, ¿qué? La crítica no tiene derecho de atormentar la fantasia de un escritor cuando este previamente ha manifestado que dará libre curso á su imaginacion para deificar ó condenar ciertos sentimientos. Hay ideas de fuego que no se pueden vaciar en el molde de hielo de las máximas, porque lo derriten. El Sr. Terrazas no conoce sin duda á Hoffmann ni á Heine: no tiene idea de que Carlos Nodier, Gautier y Houssaye han admirado á la literatura con sus narraciones fantásticas; de que Nathaniel Hawthorne y Edgardo Poë jamas han plegado las alas por un envidioso les haya y morrido; de que Ingoldsby, Dickens, Irving y el mismo Walter Scott han escrito diabólicas y primorosas leyendas. ¿Por qué, pues, extraña que en mi *Flor-de-fuego*, aunque por desgracia no pueda ni soñar en igualarme con tan célebres escritores, haya yo tambien querido volar con mis alas sin pedirle plumas al abate Bracciani ó al vizconde de Arincourt? Los libros, Sr. Terrazas, no llegan á la inmortalidad por el camino de la repetición; llegan por el camino de la originalidad, esto es, de la revolucion.

Mucho trabajo me costaria analizar punto por punto vuestra prosa, pues hablando con franqueza, la principal intencion de este artículo es defender á aquellos maestros de quienes yo soy discípulo ignorado, el último, pero agradecido. Así, muy brevemente voy á refutar vuestras enormes sandeces, pues aun con ese motivo podré daros algunos buenos consejos. Y ojalá no se causen los lectores.

Flâneries étoilées, dice el Maestro en el *Hombre que ríe*: yo traduje *gandulerías estrelladas*: en francés, *flâner*, es como *vagar curioso*. Esas palabras han ido subrayadas, y vd. creyó que eran mias. Sigamos. No defenderé una por una las que para vd. son ininteligibles. Comprendo que para ciertos chirúmenes serán pura metafísica; pero de eso yo no tengo la culpa. El escritor debe escribir lo que piensa, y á mi nunca me ha gustado sacrificar una expresion que corresponde exactamente á mi pensamiento, lo condensa en pocas palabras, y le evita así desleir en larga charla lo que su cincel psíquico le ha entregado ya perfecto y acabado. Si de la poesia se elimina la metáfora, quedarán solamente, como dice el famoso autor del *Espiritu del Siglo*,

Lignes iguales de rimada prosa.

y casi lo mismo puede decirse de la prosa poética ó fantástica. Ahora, si friamente un censor debiera examinar los símiles, ¿en qué lugar quedaria bajo el punto de vista de la belleza cualquiera de esos grandes monumentos, gloria de las literaturas mas opuestas, como son la Biblia y el *Rig-Veda*, el *Borda* ó la *Ilíada*, la *Kalevala* ó los *Niebelungen*? ¿Qué sería de *Los trabajos y los dias* de Hesiodo, de la *Naturaleza de las cosas* de Lucrecio? ¿Por qué no hemos de aplicar la idea de luz á la belleza, la de sombra á la fealdad, física ó moralmente hablando? Son las ideas de luz y sombra, por decirlo así, los límites perceptibles de las cosas inmateriales: por eso quizá Victor Hugo ha hecho de todos los sentimientos nobles y elevados constelaciones tan brillantes como las celestes, y de todos los errores é iniquidades odiosos abismos de tinieblas; por eso tambien hay deslenguados á quienes unas cuantas palabras que les han sorprendido les hacen decir que ellas componen todo el vocabulario del poeta, cuando su genio no necesita de la Academia para enriquecer, como lo ha hecho, el pobre idioma de su patria con innumerables neologismos ya aceptados. Ningun poeta, ningun escritor de inspiracion subsistiria si á todas sus frases é ideas se les aplicasen sistemáticamente los procedimientos del análisis químico, ó se quisiese resolver sus teoremas filosóficos como ecuaciones de segundo grado. A cualquiera, dadas las reglas, es fácil esta tarea, pues suele suceder que

.....le raisonnement en haant la raison;

como dice Molière.

En cuanto á los ojos color de violeta que tanto han escandalizado al Sr. Terrazas, ¿qué le diremos? Qué fue un capricho, extravagante, quizá, pero verosímil, créame el señor crítico: hay ojos violados, como hay ojos amarillos, como los hay de dos colores diferentes. ¿Sabe por qué? Porque la luz tiene tambien sus fantasmas, y la pupila las suyas.

Lo que mas me *romantizó* en el ánimo de mi vocinglero crítico fue la descripcion que hizo de la habitacion de Enrique. Es muy raro para ese señor que un muchacho amante de las bellas artes y de las *útiles* *pestezas* tenga en su cuarto un piano, y sobre este piano clarinetes y flautas: que en una rinconera descansa la base de un trofeo de armus; que tenga en la tapa de un cofrecito un pobetero; que en lugar de fumar puros de Monzon fume *ruth*, y otras inocencias por este estilo. Pues mire vd., Sr. Terrazas, yo no podria satis-